

—Hermana mía, acaba usted de dejar caer el periódico, y, sin embargo, no duerme—dijo la vieja con malicia.

La noche se había echado encima, y Marieta se presentó á encender el quinqué y lo colocó sobre una mesita cuadrada delante del fuego. Después se fué á buscar la rueca, el ovillo de hilo y un pequeño escabel, y se puso á hilar, como todos los días, en el alféizar de la ventana que daba al patio. Gasselín daba aún vueltas por el patio, visitaba los caballos del barón y de Calixto, miraba si iba bien todo en la cuadra, y daba su ración á los dos perros de caza. Los gozosos ladridos de los dos animales fueron el último ruido que despertó los ecos ocultos en las paredes negras de esta antigua casa. Estos dos perros y los dos caballos eran los últimos vestigios de los esplendores de la caballería. Un hombre de imaginación, sentado en uno de los peldaños de la escalinata exterior, y que se hubiese dejado llevar de la poesía de las imágenes vivientes aún en aquel edificio, se hubiera estremecido, sin duda, al oír los perros y las patadas de los caballos que relinchaban.

Gasselín era uno de esos bretones pequeños y cuadrados, de pelo negro, de cara morena, silenciosos, calmosos y testarudos como mulas, pero que marchan siempre sin torcerse por la vía que se les ha trazado. Tenía cuarenta y dos años, y hacía ya veinticinco que estaba en la casa. Al tener noticia del casamiento y de la probable vuelta del barón, la señorita había tomado á Gasselín á su servicio. Este criado se consideraba, pues, como de la familia: había jugado con Calixto, amaba á los caballos y á los perros de la casa, y les hablaba y acariciaba como si le perteneciesen. Llevaba una chaqueta azul de tela de hilo, con bolsillos á la altura de las caderas, un pantalón y un chaleco de la misma tela, en todas las estaciones, medias azules y toscos zapatos herrados. Cuando hacía demasiado frío ó en tiempo de lluvia, se ponía la piel de chivo que acostumbra á usarse en su país. Marieta, que había pasado ya de los cuarenta, era, como mujer, lo que Gasselín como hombre. Jamás tronco alguno estuvo mejor aparejado: el mismo color, la misma estatura, los mismos ojos vivos y negros. No se comprendía cómo Marieta y Gasselín no se habían casado. Acaso hubieran cometido un incesto, pues parecían ser hermano y hermana. Marieta ganaba treinta escudos de salario, y Gasselín cien libras; pero aunque les hubieran dado mil escudos en otra

parte, seguramente no hubiesen dejado la casa Guenic. Ambos estaban bajo las inmediatas órdenes de la anciana señorita de Guenic, la cual, desde la guerra de la Vendea hasta la vuelta de su hermano había adquirido la costumbre de gobernar la casa. Por esta razón, cuando supo que el barón iba á traer una dueña al hogar se emocionó mucho creyendo que esto la obligaría á abandonar el cetro de la vivienda y á abdicar en favor de la baronesa de Guenic, de la cual pasaría á ser ella la primera súbdita.

La señorita Ceferina quedó agradablemente sorprendida al ver que miss Fanny O'Brien era una joven de noble cuna á quien repugnaban excesivamente los minuciosos cuidados de un hogar pobre, y que, como todas las almas hermosas, hubiese preferido el pan seco del panadero, á la mejor comida que ella se hubiese visto obligada á preparar. En una palabra que si era mujer capaz de llenar los deberes más penosos de la maternidad y fuerte para soportar toda privación necesaria, carecía en cambio de valor para entregarse á ocupaciones vulgares. Cuando el barón rogó á su hermana, en nombre de su tímida mujer, que siguiese administrando la casa, la solterona abrazó á la baronesa como á una hermana, se constituyó en su madre, la adoró y se consideró feliz al poder continuar velando por la administración de la casa, llevada con un rigor y una economía increíbles, rigor y economía que no abandonaba nunca más que en las grandes ocasiones, tales como los partos, la temporada de cría de su cuñada y todo lo que concernía á Calixto, que era el ser adorado de toda la casa. Aunque los dos criados estuviesen acostumbrados á este régimen severo y no hubiese que decirles nada, porque se tomaban más interés por las cosas de sus amos que por las suyas propias, la señorita Ceferina velaba siempre por todo. Su atención no se distraía un momento, y era capaz de saber, sin subir al granero, el espesor que tenía el montón de nueces, y la avena que quedaba en el arca de la cuadra, sin necesidad de sumergir en ella su nervioso brazo. En el extremo de un cordón atado á la cintura de su jubón llevaba un silbato de contra maestre, con el cual llamaba á Marieta mediante un silbido y á Gasselín mediante dos. El mayor goce de Gasselín consistía en cultivar la huerta y en obtener de ella hermosos frutos y buenas legumbres. El fiel criado tenía tan poco trabajo, que, á no ser por esta circunstancia, se aburriría. Por la mañana, des-

pues de ocuparse de los caballos, fregaba los pisos y limpiaba las dos piezas de la planta baja; pues tenía poco que hacer al lado de sus amos. De este modo se explica el que no se viese en la huerta ni una mala hierba ni el menor insecto dañino. A veces se veía á Gasselín inmóvil y sin nada en la cabeza, al sol, acechando á algún ratón campes- tre ó á la terrible larva de la langosta, y una vez que lo había cogido, corría, con la alegría de un niño, á enseñar á sus amos el animal que le había ocupado durante una se- mana. Los días de vigilia constituía también para él un pla- cer el ir á buscar pescado á Croisic, donde se compraba más barato que en Gueranda. De modo, que jamás familia alguna estuvo más unida ni se entendía mejor que esta santa y noble familia. Amos y criados parecían haber sido hechos unos para otros. Hacía veinticinco años que no ha- bían habido allí disgustos ni discordias. Las únicas desazo- nes fueron las ligeras indisposiciones del niño, y los únicos terrores fueron causados por los acontecimientos de 1814 y de 1830. Si las mismas cosas se hacían allí invariable- mente á las mismas horas, y si los manjares estaban sometidos á la regularidad de las estaciones, aquella monotonía, semejante á la de la naturaleza, interrumpida únicamente por las alternativas de sombra, de lluvia y de sol, estaba amenizada por el cariño que reinaba en todos los corazones, cariño tanto más fecundo y acendrado, cuanto que emanaba de leyes naturales.

Cuando el crepúsculo cesó, Gasselín entró en la sala y preguntó respetuosamente á su amo si lo necesitaba para algo.

—No, después de la oración puedes salir ó acostarte—le dijo el barón despertándose,—á menos que la señora ó su hermana...

Las dos mujeres hicieron un signo de aquiescencia. Gas- sellín se arrodilló al ver que sus amos se ponían de pie para arrodillarse en sus asientos. Marieta se puso asimismo en actitud de orar, sobre su escabel. Después, la señorita de Guenic dijo la oración en voz alta, y cuando se hubo aca- bado se oyó que llamaban á la puerta de la callejuela, y Gasselín fué á abrir.

—Será el señor cura, que siempre es el primero en lle- gar—dijo Marieta.

En efecto; por el ruido de los pasos en los sonoros pel-

daños de la escalinata exterior, todo el mundo conoció al cura de Gueranda. Este saludó respetuosamente á los tres personajes, dirigiendo al barón y á las dos damas esas fra- ses de suntuosa amenidad que suelen emplear los sacerdo- tes. Al notar el modo distraído como le contestó la dueña de la casa, el cura le dirigió una mirada de inquisición ecle- siástica.

—¿Está usted inquieta, ó indispuesta, señora baronesa?—le preguntó.

—No, no tengo nada, gracias—le contestó la irlandesa.

El señor Grimont, hombre de cincuenta años, de mediana estatura, sepultado en su sotana, de donde salían dos grue- sos zapatos con hebillas de plata, sacaba por encima de su alzacuello un rostro regordete y de tez generalmente blanca, si bien un tanto dorada. Tenía las manos rechon- chas. Su cara, completamente abacial, tenía á la vez algo del burgomaestre holandés, por la placidez de su color y por los tonos de su carne, y algo del aldeano bretón, por su lisa cabellera negra y por la vivacidad de sus ojos negros, en los que brillaba, sin embargo, el decoro del sacerdocio. Su alegría, semejante á la de las gentes cuya conciencia está tranquila y pura, admitía la broma. Su actitud no te- nía nada de inquieta ni de áspera como la de los pobres curas cuya existencia ó poder es discutido por sus feligre- ses, y que, en lugar de ser, según las sublimes frases de Napoleón, jefes morales de la población y jueces de paz na- turales, son tratados como enemigos. Al ver andar al señor Grimont por Gueranda, el viajero más incrédulo hubiera reconocido en él al soberano de aquella ciudad católica; pero este soberano declinaba su superioridad espiritual ante la supremacía feudal de los Guenic. El señor Grimont es- taba en aquella sala como el capellán en casa de su señor. En la iglesia, cuando echaba la bendición, su mano se ex- tendía siempre primero hacia la capilla que pertenecía á los Guenic, capilla en cuya bóveda se veía esculpida la mano armada, divisa de esta noble casa.

—Yo creía que estaba ya aquí la señorita de Pen-Hoël —dijo el cura, que se sentó al mismo tiempo que tomaba una mano de la baronesa y la besaba.—Esto empieza á des- ordenarse. ¿Empieza, acaso, á imperar la moda del desarre- glo? porque veo que esta noche el señor caballero está to- davía en Touches.

—No diga usted nada de su visita delante de la señorita de Pen-Hoël—dijo en voz baja la solterona.

—¡Ah! señorita—respondió Marieta,—¿quién puede impedir que toda la villa charle?

—Pues ¿qué dicen?—preguntó la baronesa.

—Las jóvenes, las comadres, en fin, todo el mundo, le cree enamorado de la señorita de Touches.

—Un guapo mozo como Calixto no hace más que lo que debe, haciéndose amar—dijo el barón.

—Aquí está la señorita de Pen-Hoël—dijo Marieta.

En efecto, la arena del patio crujía bajo los diminutos pasos de esta persona, que iba acompañada de un criadito provisto de una linterna. Al ver á éste, Marieta trasladó sus útiles al salón principal, á fin de hablar allí con él á la luz de la candela de resina que ardía á expensas de la rica y avara señorita y economizar así la de sus amos.

Esta señorita, seca y delgada, amarilla como el pergamino, arrugada como un lago azotado por el viento, de ojos grises, de dientes grandes y salientes y de manos de hombre, era bastante pequeña, un poco alabeada hacia adelante y sin duda jorobada; pero nadie había sentido curiosidad por conocer sus perfecciones ni sus imperfecciones. Vestida por el estilo de la señorita de Guenic, la Pen-Hoël movía una enorme cantidad de ropas y enaguas cuando quería buscar una de las dos aberturas de su bata, por donde llegaba á sus bolsillos, produciéndose entonces bajo sus ropas un enorme ruido de llaves y de monedas. Dicha señorita llevaba siempre á un lado todas las llaves de una buena ama de casa, y al otro, la tabaquera de plata, el dedal, los útiles de hacer puntillas y otra multitud de objetos sonoros. En lugar de la papalina de la señorita de Guenic, llevaba un sombrero verde, con el cual iba á visitar los melones, habiéndose puesto, por esta causa, verde como ellos; y respecto á su forma, sólo diremos que hace veinte años que la moda lo inventó en París bajo el nombre de *bibi*. Este artefacto de su indumentaria era confeccionado en su presencia, por las manos de sus sobrinas, con una especie de tafetán verde comprado en Gueranda y con un armazón que renovaba cada cinco años en Nantes, pues le concedía la misma duración que á una legislatura. Sus sobrinas eran las que le hacían también las ropas, cortadas por patrones invariables. Esta solterona usaba aún el bastón con puño en forma de

pico, de que se sirvieron las mujeres á principios del reinado de María Antonieta. Por lo demás, pertenecía á la más rancia nobleza de Bretaña, y sus armas ostentaban los armiños de los antiguos duques. En ella y en su hermana acababa la ilustre casa bretona de los Pen-Hoël. Su hermana menor se había casado con un Kergarouët que, á pesar de la desaprobación del país, unía el nombre de Pen-Hoël al suyo, y se hacía llamar vizconde de Kergarouët-Pen-Hoël.

—El cielo le ha castigado—decía la solterona,—pues no tiene más que hijas, y el nombre de Kergarouët-Pen-Hoël se extinguirá en él.

La señorita de Pen-Hoël poseía unos siete mil francos de renta en tierras. Mayor de edad hacía ya treinta y seis años, esta dama se administraba en persona sus bienes, iba á inspeccionarlos á caballo y desplegabá en todo el carácter firme que se advierte en la mayor parte de los jorobados. Su avaricia era admirada en diez leguas á la redonda, sin que encontrase en parte alguna muestras de desaprobación. Tenía á su servicio una mujer y aquel criadito. Todo su gasto, á excepción hecha de los impuestos, no pasaba de mil francos al año. Así es que era objeto de los mayores halagos por parte de los Kergarouët-Pen-Hoël, que pasaban los inviernos en Nantes y los veranos en su tierra, situada á orillas del Loire, debajo del Indret. Se sabía que estaba dispuesta á dar su fortuna y sus economías á la sobrina que más le agradase, y cada tres meses, una de las cuatro señoritas de Kergarouët, que frisaban todas entre los doce y veinte años, iba á pasar algunos días á su casa. Jacobita de Pen-Hoël, amiga de Ceferina de Guenic y educada en la adoración de las grandezas bretonas de los Guenic, había formado el proyecto, desde el nacimiento de Calixto, de transmitir sus bienes á este caballero, casándole con una de las sobrinas que tenía que darle la vizcondesa de Kergarouët-Pen-Hoël, y pensaba rescatar algunas de las tierras mejores de los Guenic, satisfaciendo las deudas á los cortijeros prestamistas. Cuando la avaricia se propone un objeto determinado, cesa de ser un vicio, pasa á ser el medio de una virtud, sus privaciones excesivas se convierten en continuas ofrendas, y adquiere, en fin, la grandeza de la intención que se oculta bajo sus mezquindades. Ceferina debía estar, sin duda, en el secreto de Jacobita, y acaso la baronesa, cuyo espíritu se empleaba únicamente en amor al hijo y en ternu-

ras al padre, había adivinado algo al ver la maliciosa perseverancia con que la señorita de Pen-Hoël llevaba consigo todos los días á Carlota de Kergarouët, que era su favorita, y que contaba á la sazón quince años. El cura Grimont era, indudablemente, un confidente, y ayudaba á la solterona á colocar bien su dinero. Pero aunque la señorita de Pen-Hoël tuviese trescientos mil francos en oro, que era la suma en que se evaluaban sus economías, y aunque hubiese tenido diez veces más tierras de las que poseía en realidad, los Guenic no se hubieran permitido una atención que pudiera hacer creer á la solterona que pensaban en su fortuna. Llegada de un sentimiento de admirable orgullo bretón, Jacobita de Pen-Hoël, contenta con la supremacía afectada por su antigua amiga Ceferina y por los Guenic, se consideraba muy honrada siempre que se dignaban visitarla la hija de los reyes de Irlanda y Ceferina, y llegaba hasta ocultar con cuidado la especie de sacrificio que le costaba el consentir todas las noches que su criadito gastase en casa de los Guenic un *oribus*, nombre de aquella candela de color de mostachón, que se consume en ciertas partes del Oeste. De modo que esta vieja y rica solterona era la nobleza, la grandeza y el orgullo en persona. En el momento en que leéis su retrato, una indiscreción del cura Grimont ha hecho saber que, la noche en que el anciano barón, el joven caballero y Gasselín se pusieron en marcha, provistos de sus sables y de sus fusiles, para unirse á la SEÑORA en la Venda, con gran terror de Fanny y con gran alegría de los bretones, la señorita de Pen-Hoël había entregado al barón una suma de diez mil francos en oro, inmenso sacrificio corroborado con diez mil francos más, producto de un diezmo recogido por el cura, diezmo que el anciano partidario recibió encargo de ofrecer á la madre de Enrique V en nombre de los Pen-Hoël y de la parroquia de Gueranda. Sin embargo, la señorita de Pen-Hoël trataba á Calixto, como mujer que se cria con derecho sobre él, y sus proyectos la autorizaban para vigilarle, no porque ella fuese meticulosa en materia de galanteo, pues, al contrario, poseía la indulgencia de las mujeres del antiguo régimen, sino porque tenía horror á las costumbres revolucionarias. Calixto, que, sin duda, hubiera ganado mucho en el concepto de la vieja con aventuras con mujeres bretonas, hubiera perdido considerablemente en su concepto si se hubiera dado á lo

que ella llamaba novedades. La señorita de Pen-Hoël, que hubiera desenterrado con gusto algún dinero para apaciguar á alguna joven seducida, hubiera creído á Calixto un dissipador si le hubiese visto guiando un tilburi, ó si le hubiera oído hablar de ir á París. Y si lo hubiese sorprendido leyendo revistas ó periódicos impíos, ¡Dios sabe lo que ella hubiera sido capaz de hacer! Para ella, las ideas nuevas eran los asolamientos de las tierras, la ruina bajo el nombre de mejoras y de métodos, y, en una palabra, los bienes hipotecados tarde ó temprano á consecuencia de ensayos. Para ella, la cordura era el verdadero medio de hacer fortuna; en fin, la buena administración consistía en amontonar en los graneros los trigos negros, los centenos y el cañamo; en esperar el alza, á riesgo de pasar por acaparadora, y en sentarse sobre los sacos con obstinación, hasta lograr lo apetecido. Por una extraña casualidad, la vieja Pen-Hoël había encontrado, frecuentemente, buenos mercados que confirmaban sus principios, y pasaba por una mujer lista y astuta, á pesar de que carecía en absoluto de talento, pues lo que tenía, en realidad, era un orden de holandés en sus actos, una prudencia de gata y una persistencia de eclesiástico, lo cual, en un país tan rutinario como Bretaña, equivalía al pensamiento más profundo.

—¿Tendremos esta noche al señor de Halga?—preguntó la solterona, al mismo tiempo que se quitaba los mitones de lana, después de haber cambiado los saludos acostumbrados.

—Sí, señorita, yo lo he visto paseando con su perra por el mallo, y me ha dicho que vendría—respondió el cura.

—¡Ah! entonces nuestra mosca estará animada esta noche—repuso.—Ayer no éramos más que cuatro.

Al oír la palabra mosca, el cura se levantó para ir á coger del cajón de uno de los armarios un cestito redondo de fina paja, unas fichas de marfil, que se habían puesto amarillas como el tabaco turco, á causa de un uso de veinte años, y un juego de naipes tan grasiento como el de los carabineros de San Nazario, que sólo lo cambian cada quince días. El cura se dispuso en persona á colocar sobre la mesa las fichas necesarias á cada jugador, y colocó la canastilla al lado de la lámpara, en medio de la mesa, con precipitación infantil y maneras de hombre acostumbrado á hacer este pequeño servicio. Un golpe dado con fuerza á la

puerta, á la manera de los militares, resonó en las profundidades de aquel viejo palacio. El criadito de la señorita de Pen-Hoël fué gravemente á abrir la puerta, y el cuerpo largo, seco y metódicamente vestido con arreglo á la época del caballero de Halga, antiguo capitán de navío del almirante Kergarouët, no tardó en dibujarse en negro en la penumbra que reinaba aún en la escalinata exterior.

—¡Venga usted, caballero!—gritó la señorita de Pen-Hoël.

—El altar está erigido—dijo el cura.

El caballero, que era hombre de poca salud, iba cubierto de franela para los reumatismos, llevaba una gorra de seda negra para preservar su cabeza de la niebla y un justillo para abrigar su precioso busto de los vientos repentinos que refrescan la atmósfera de Gueranda. Iba siempre provisto de un junco con puño de oro para ahuyentar á los perros que hacían intempestivamente la corte á su perra favorita. Este hombre, meticoloso como una damisela, que prescindía de sus más constantes hábitos ante los menores obstáculos, y que hablaba en voz muy baja para no gastar la poca voz que le quedaba, había sido uno de los hombres más sabios y más intrépidos de la antigua marina y se había visto honrado con la estimación del baile de Suffrén y con la amistad del conde de Portenduere. Su buena conducta como capitán del navío del almirante Kergarouët estaba inscrita con caracteres visibles en su rostro plagado de heridas. Al verle, nadie hubiese reconocido en él al hombre dotado del indomable valor del marino bretón, cuya voz dominaba la tempestad y cuyas miradas se cernían sobre los mares. El caballero no fumaba, no juraba, poseía la dulzura y la tranquilidad de una sílfide y se ocupaba de su perra Tisbé y de sus más pequeños caprichos con la solicitud de una anciana, dando así una relevante prueba de su pasada galantería. No hablaba nunca de los sorprendentes actos que habían asombrado al conde de Estaing. Aunque tenía la actitud de un inválido y andaba como si temiese pisar huevos, y aunque se quejaba continuamente de la frescura de la brisa, del ardor del sol y de la humedad de la niebla, mostraba unos dientes blancos encajados en unas encías rojas que tranquilizaban aún acerca de su enfermedad, que era, por lo demás, un tanto costosa, pues consistía en hacer cuatro comidas de abundancia monástica al día. Su contextura, lo mismo que la del barón, era huesosa y

de solidez indestructible, y estaba cubierta de un pergamiño pegado á los huesos, como la piel de un caballo árabe pegada á los nervios, que parecen relucir al sol. Su tez había conservado un color alterado, debido á sus viajes á las Indias, de los cuales no había traído ni una idea ni una historia. Había emigrado, había perdido su fortuna y después había logrado la cruz de San Luis y una pensión de dos mil francos, debida justamente á sus servicios y pagada por la caja de los inválidos de la marina. La ligera hipocondría que le hacía inventar mil enfermedades imaginarias, se explicaba perfectamente por sus sufrimientos durante la emigración. Había servido en la marina rusa hasta el día en que el emperador Alejandro quiso emplearla contra Francia, el cual día presentó su dimisión y se fué á vivir á Odessa, al lado del duque de Richelieu, con el que volvió y el cual hizo que se le concediese la pensión debida á aquel glorioso resto de la antigua marina bretona. A la muerte de Luis XVIII, época en que volvió á Gueranda, el caballero de Halga fué nombrado alcalde de la ciudad. El cura, el caballero y la señorita de Pen-Hoël tenían la costumbre, hacía ya quince años, de ir á pasar las veladas al palacio Guenic, adonde iban asimismo algunos personajes nobles de la ciudad y de la comarca. Todo el mundo veía fácilmente en los Guenic á los jefes del pequeño arrabal Saint Germain de la comarca, donde no penetraba ninguno de los miembros del Estado enviados por el nuevo gobierno. Hacía ya seis años que el cura tosía al llegar al momento crítico del *Domine, solum fac regem*. La política no había sufrido, pues, alteración alguna en Gueranda.

La mosca es un juego que se juega con cinco cartas y con una vuelta que es la que determina el triunfo. Cada vez que se dan cartas, el jugador es libre de jugar ó de abstenerse de ello. Absteniéndose, sólo pierde su puesta cuando no hay nada en el cesto, porque cuando hay algo no pierde nada. Si juega, debe hacer por lo menos una baza, lo cual le da derecho á tomar una parte de las posturas ajenas á prorroateo. Si hay cinco piezas de cinco céntimos, cada baza vale una. El jugador que no hace baza, recibe mosca, y entonces tiene que pagar una cantidad igual al importe de todas las posturas, la cual cantidad va á aumentar el cesto para el siguiente juego. Las moscas hechas se apuntan y se van poniendo unas después de otras en el cesto por orden

de capital, es decir, las mayores antes que las pequeñas. Los que renuncian á jugar, dejan sus cartas en el acto y pierden todo derecho. Las cartas de la baceta se cambian como en el ecarté, pero por orden de mano. Cada uno toma tantas cartas como quiere; de suerte, que el primero y el segundo pueden apoderarse, si quieren, de toda la baceta. El triunfo pertenece al que da las cartas, que es entonces el último, y tiene derecho á cambiarlo por la carta que quiera de su juego. Una carta terrible mata á todas las demás y se llama el *Mistigris*. El *Mistigris* es la sota de bastos. Este juego, de excesiva sencillez, no deja de ser interesante. La avaricia natural al hombre se desarrolla en él, así como las astucias diplomáticas y los cambios de fisonomía. En el palacio Guenic cada jugador tomaba veinticinco fichas y respondía de un real, lo cual hacía ascender la suma total de cada juego á cinco céntimos, cantidad enorme á los ojos de aquellas personas. Suponiendo mucha suerte, se podían ganar diez reales, suma ésta que nadie gastaba al día en Gueranda. Así es que la señorita de Pen-Hoël tenía por este juego (cuya inocencia sólo ha sido excedida por la del juego que en la nomenclatura de la Academia es conocido con el nombre de la *Batalla*) una pasión igual á la que los cazadores sienten por una gran partida de caza. La señorita Ceferina, que jugaba á medias con la baronesa, no sentía menor interés que aquélla por el juego de la mosca. Arriesgar un céntimo para ganar cinco, constituía para la anciana atesoradora una operación financiera inmensa, á la cual daba ella tanta importancia como la que puede dar el más ávido especulador durante las horas de Bolsa á la alza y baja de los valores. Por una convención diplomática, establecida en septiembre de 1825, después de una velada en que la señorita de Pen-Hoël perdió dos pesetas menos quince céntimos, el juego cesaba tan pronto como una persona manifestase deseos de ello después de haber perdido dos reales. La cortesía no podía permitir que se causase á un jugador el pequeño disgusto de ver continuar el juego sin que él tomase parte en él. Pero todas las pasiones tienen su jesuitismo. El caballero y el barón, aquellos dos viejos políticos, habían encontrado el medio de eludir el cumplimiento de lo establecido. Cuando todos los jugadores deseaban vivamente prolongar una partida interesante, el atrevido caballero de Halga, que era uno de esos solterones pródigos y ricos en

no hacer gastos, ofrecía siempre seis tantos á la señorita de Pen-Hoël ó á Ceferina cuando una de ellas ó ambas habían perdido su real, á condición de que se lo restituyesen en caso de que ganaran. Un solterón bien podía permitirse estas galanterías con unas señoritas. El barón ofrecía también diez tantos á las dos solteronas, bajo pretexto de continuar la partida. Las dos avaras aceptaban siempre, si bien haciéndose rogar, como es uso y costumbre de solteras. Para hacer esta prodigalidad, el barón y el caballero tenían que estar ganando, pues de otro modo esta oferta adquiriría el carácter de ofensa. La mosca resultaba animadísima cuando alguna de las señoritas de Kergarouët á secas estaba de paso en casa de su tía, y digo á secas, porque allí los Kergarouët no habían logrado hacerse llamar Kergarouët-Pen-Hoël por nadie, ni aun por los criados, los cuales habían recibido órdenes formales respecto á este punto. La tía hablaba á la sobrina del juego de la mosca en casa de los Guenic como de un placer sin igual. La pequeña recibía de su tía orden de mostrarse amable, lo cual le era sumamente fácil cuando veía al hermoso Calixto, por el cual estaban locas las cuatro señoritas de Kergarouët. Estas jóvenes, educadas en plena civilización moderna, daban poca importancia al real y recibían mosca sobre mosca, ocurriendo entonces que había inscritas moscas cuyo total ascendía, á veces, á cinco francos y que estaban escalonadas desde doce céntimos y medio hasta dos reales. Aquellas veladas eran en realidad veladas de grandes emociones para la anciana ciega. Las bazas se llaman *manos* en Gueranda. La baronesa hacía sobre el pie de su cuñada un número de presiones igual al número de bazas que tenía seguras según su juego. Jugar ó no jugar en las ocasiones en que el cesto está lleno, promovía indecisiones en que la avaricia luchaba con el miedo. Se preguntaban unos á otros: «¿Juega usted?» manifestando envidia por aquellos que tenían juego bastante para intentar la suerte y sentimientos de desesperación cuando era preciso abstenerse de jugar. Si Carlota de Kergarouët, tachada generalmente de loca, estaba afortunada en sus temeridades, al volver á su casa, su tía, cuando no había ganado nada, se mostraba fría con ella y le daba algunas lecciones; decíale que tenía un carácter demasiado libre, que una joven debía mostrarse más modosa delante de gentes respetables, que tenía una manera insolente de tomar el cesto ó de decir